

A 20 metros del sueño americano

Por: Redacción

Cargando a sus dos hijos, Justin y Mónica, la salvadoreña Iris Evelyn cruzó todo México a pie escapando de su novio pandillero y una vida abocada a la tragedia, con el fin de llegar a Estados Unidos, una meta de la que ahora le separan apenas 20 metros, y muchos miedos.

“Fue muy duro, la verdad. Sufrimos mucho entrando a México, en el estado de Chiapas sufrimos un asalto. (...) Había momentos que no teníamos para dar de comer a los niños”, cuenta esta joven de 21 años, con un hijo de 2 y otra de 5 años.

Del municipio de San Juan Opico, el novio de Iris se hizo pandillero, de la MS -la Mara Salvatrucha- y ahí empezaron los problemas. Se volvió celoso y posesivo, hasta el punto de no dejarla salir de casa, y “maltrataba, golpeaba y amenazaba” a sus criaturas.

Un día no pudo más, temía por su vida, y aprovechó un descuido de su pareja para abandonar el hogar y el país.

Fueron en autobús hasta Guatemala y de ahí “caminando y caminando” hasta llegar al municipio fronterizo de Reynosa, en el nororiental estado de Tamaulipas.

“Ya no podíamos aguantar más y decidimos salir, sacamos fuerzas de no sé dónde”, relata esta joven, que hizo todo el periplo acompañada de su prima Daisy Cruz, de 19 años.

Las dos jóvenes vivían juntas desde que a la segunda la acusaron en su barrio de ser una pandillera de un grupo rival, y buscó refugio en casa de Iris.

“Me confundían con una chamaca (chica) de ahí mismo, y me iban a buscar a casa porque me querían sacar (matar)”, explica Daisy.

Ambas trabajaban de empleadas del hogar en varias casas, y ganaban cinco dólares diarios. Hoy se hospedan en el albergue Senda de Vida, que en Reynosa atiende a deportados mexicanos y a migrantes centroamericanos.

El Centro se ubica a las orillas del Río Bravo. Y desde la puerta, uno está a pocos metros de tocar, a una distancia irrisoria si se compara con los miles de kilómetros ya ganados, los anhelados Estados Unidos. Unos últimos metros que se antojan difíciles, peligrosos y caros. Y si la pericia del coyote y la suerte no acompañan, pueden suponer un paso atrás, el regreso a casa, de consecuencias fatales.

Según Amnistía Internacional, alrededor de 400.000 personas, la mayoría de ellas provenientes de El Salvador, Honduras y Guatemala, cruzan México rumbo a Estados Unidos cada año, aunque muchas de ellas no llegan a su destino porque son detenidas por las autoridades migratorias o caen en manos de grupos criminales.



(Foto: EFE)

Travesía de una joven madre y sus hijos quienes huyeron de las pandillas de El Salvador, cruzaron a pie México y ahora buscan asilo en EEUU.



(Foto: EFE)

La joven Daisy Cruz permanece en un albergue de la ciudad de Reynosa (México) a la espera de llegar a territorio estadounidense.

El problema sigue candente, y solo en las últimas semanas en Tamaulipas interceptaron alrededor de 600 migrantes centroamericanos cuando viajaban

al borde de la asfixia y desnutridos en camiones, o se encontraban hacinados en casas de seguridad, donde se esconden antes de cruzar la frontera.

En peligro las 24 horas

El albergue Senda de Vida en Reynosa lo fundó hace 18 años Héctor Silva, un mexicano deportado que, poco a poco, ha ido construyendo este espacio en el que caben unas 160 personas.

“Tenemos un consultorio, una oficina, doctores, un comedor y una capilla”, enumera Silva, completamente entregado a su labor pese a las críticas, e incluso las amenazas, que a veces recibe del crimen organizado.

“Mi vida está en peligro las 24 horas y esto lo debo tener 100 % claro. Por lo que hago, por lo que se está llevando a cabo, por tener algo maravilloso como este lugar y brindar ayuda”, apunta.

En tanto, mientras se resuelve su situación, Iris Evelyn se muestra feliz por el trato en el albergue, pero preocupada por estar en Reynosa, uno de los municipios más violentos de México y con una mayor percepción de inseguridad, donde a menudo tienen lugar choques armados protagonizados por cárteles.

“No veo este un país donde yo pueda vivir, porque también hay bastante peligro. Por lo menos en este lugar, de repente se escuchan balaceras, y me da miedo”, concluye.

Y después de todos los kilómetros, los peligros y las penurias vividas, para ambas jóvenes inmigrantes el jefe de la Casa Blanca, Donald Trump, les parece un mal menor.